

ROMERIA A LONQUEN: PASION DEL SEÑOR

JOSE ALDUNATE

El lugar del horror

En una larga columna, por caminos de montaña, avanzamos unos 1.500 "romeros" en busca de los hornos de cal de Lonquén, escenario de trágicos sucesos. Ibamos campesinos de la zona, mujeres y niños, familiares de desaparecidos y sus amigos, pobladores de distintos sectores de Santiago (15 micros habían hecho viaje especial) y ciudadanos de todo tipo. Esta "procesión" era la continuación de una liturgia eucarística que nos había congregado, esa mañana del 25 de febrero, en el amplio templo del villorrio de Lonquén, cerca de Santiago. Habíamos conmemorado la cruenta muerte de Cristo, asesinado clavándosele a una cruz, y también su resurrección y su presencia entre nosotros. Avanzaba pues la columna, bajo un sol canicular y con polvo en los pies. Ancianas debieron abandonar, agotadas. El paso era esforzado y en las chozas de la montaña nos convidaban agua. Adentrándonos cada vez más en la salvaje soledad de los cerros, nos encontramos finalmente ante un imponente bloque de piedras y cemento: los hornos en que se hallaron 15 cadáveres.

En las horas que siguieron, asistimos sobrecogidos a una nueva liturgia, expresión espontánea y honda del sentir de nuestro pueblo, un pueblo sufrido y luchador, cristiano y solidario. Se constituyó una fila de los que, portando flores, cruces, fotografías y otros recuerdos, querían depositarlos en la boca de salida del horno, allí de donde se habían extraído los restos. Hubo escenas de dolor: llegaron madres, esposas, hijos de los mismos 11 campesinos y 4 muchachos de Isla de Maipo cuyos restos ya habrían sido identificados¹. Familiares de otros desaparecidos llegaron con la

pregunta en la garganta —ya van 5 años que la llevan— "¿dónde estarán los míos?" El Vicario Cristián Precht, que había presidido la Misa, llegó también y bendijo una gran cruz de madera. "Que de este lugar de horror surja un manantial de esperanza", clamó. Esta cruz se plantó en lo más alto del horno y desde allí, el viejo luchador sindical, Clotario Blest, con sus blancas barbas al viento, invitó a todos a rezar un Padre Nuestro por los caídos. Hubo himnos religiosos y cantares populares que expresaban protesta y esperanza, y la utopía cristiana y política de una nueva sociedad en que todos fuéramos hermanos. Un dirigente de campesinos de la Ranquil llamó a la unión y a la lucha para que volviéramos a ser libres y pudiéramos construir juntos un país en que tales hechos nunca pudieran repetirse. Compañeros invocaron a los finados y con un "¡presente!" se comprometían a ser fieles a su memoria. Unos jóvenes lanzaron un grito de partido, pero fueron acallados por los demás: no se quería allí partidismos que pudieran dividir sino un solo compromiso de unión, lucha y liberación. Habló la Anita cuyo esposo estaba desaparecido como asimismo dos de sus hijos y su nuera embarazada de 6 meses. Hasta el momento nada sabía de ellos, como tampoco de la guagua —su nietecito— que tendría que haber nacido.

Un cantor popular recitó sus décimas al Cristo crucificado, preguntándole el eterno por qué de tanto dolor y de tanta maldad. Se dejaron grabadas en una placa, que se fijó al horno con tarugos, palabras de Neruda interpretativas del evento:

Aunque los pasos toquen mil años
[este sitio
no borrarán la sangre de los que
[aquí cayeron
y no se extinguirá la hora en que
[caísteis
aunque miles de voces crucen este
[silencio.

¹ Este es un testimonio que no pretende fundarse en constataciones jurídicas, sino en la realidad que se ha hecho carne en la conciencia popular.

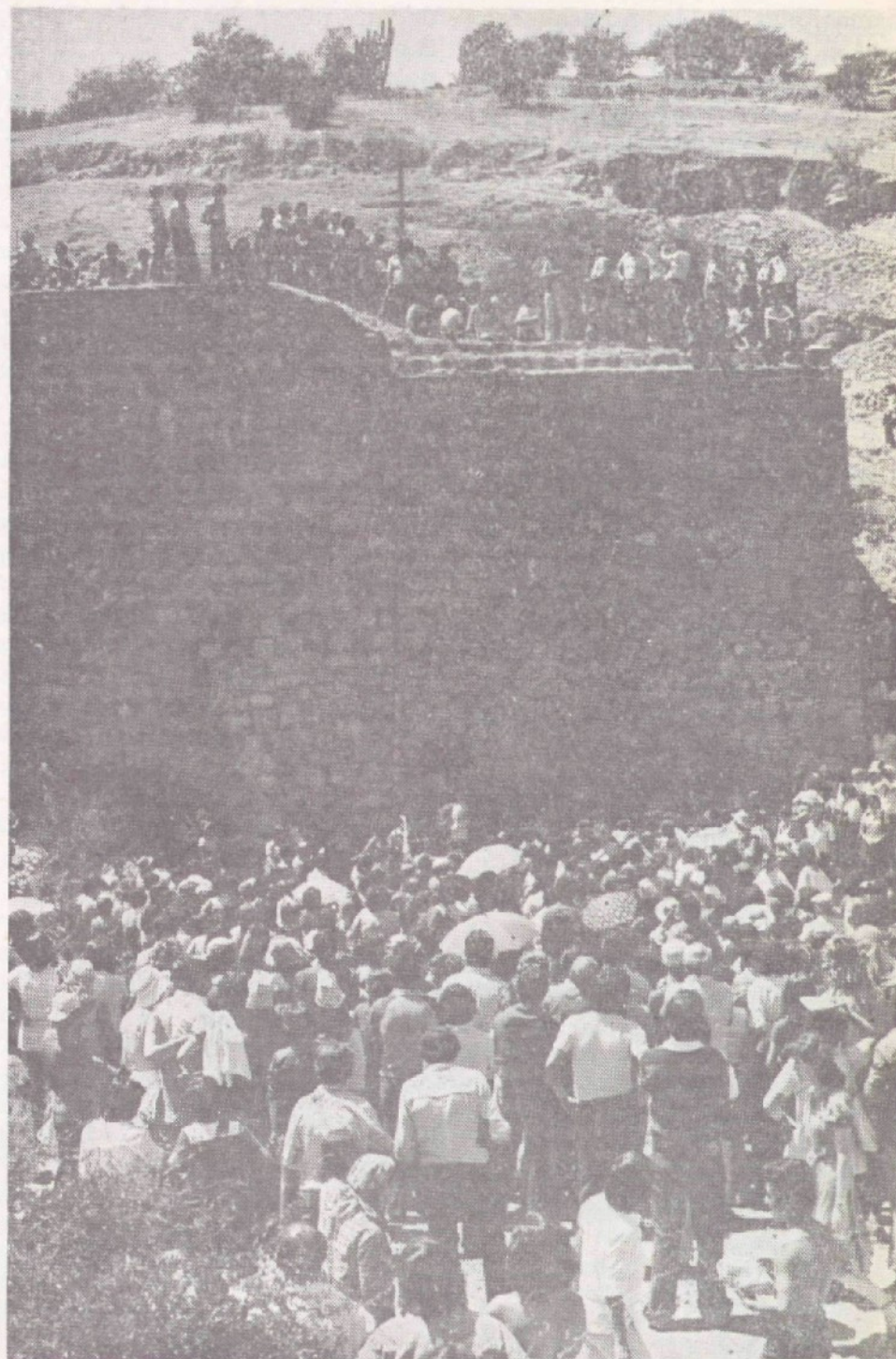
No queríamos apartarnos del lugar, hechizados como estábamos por todo lo que evocaba ese anfiteatro de cerros, de murallas derrumbadas con huellas de bala, y el macizo horno que vomitó cadáveres. Nadie se percató de que no se había almorzado y eran las 4 de la tarde. Por fin, ante reiterados pedidos, nos decidimos a volver, rehaciéndose la columna para desandar los 4 ó 5 Km. que nos separaban del pueblo. Unos iban conversando, otros meditabundos. "Estoy lleno de rabia" me confidenció un trabajador. Otros se manifestaron aliviados porque, como dijo una mujer, "todos han podido hablar".

Quisiera poder recoger algo de este sentir popular y transmitir a través de algunas reflexiones el significado profundo de Lonquén en la marcha de un pueblo.

La proclamación de la verdad y la justicia

1. Esta romería ha sido, en primer lugar, **una romería en pos de la verdad**. En Lonquén se había hecho la verdad y había que ir a reconocerla y proclamarla. Era una verdad dura y cruel: cadáveres de gente asesinada, miembros amarrados, cráneos perforados, entre los dientes de uno un trapo embutido. Y terriblemente reveladores: los Maureira, los Astudillo y los Hernández Rojas habían sido detenidos por Carabineros en Isla de Maipo el 7 de octubre de 1973; otros cuatro muchachos, el 8. Pero era la verdad sobre los seres queridos, buscada afanosamente durante cinco largos años, y había que ir a encararla.

2. Se trataba además de una verdad que había que **descubrir**. Sobre los cuerpos hacinados en el horno se hizo fraguar una losa de cemento. Esa losa es todo un símbolo. Se procuró mantener este crimen eternamente encubierto. Y a este encubrimiento han conspirado de hecho



variados niveles de jerarquía. Cuando caminaba, pensaba en la madre de los Maureira que iba delante. Tantas falsas pistas que había debido tomar. La mandaron de la Comisaría al Estadio, del Estadio a la morgue, del Sendet al Ministerio; tramitada, humillada, burlada. Ahora la verdadera pista había sido encontrada; cruelmente dura, pero era la que la llevaba al cuerpo de su esposo y de sus hijos. Esta pista no se la habían

mostrado los servicios de investigación, ni las sentencias de los Tribunales. La había descubierto a pesar de ellos. Surgió la denuncia de parte de una conciencia liberada que tuvo buen cuidado de alertar la Iglesia y la opinión pública antes de notificar a los encargados de la Justicia.

Se divulgaron los datos antes que los hechos fueran sometidos al secreto del sumario, a las "debidas tramitaciones" y a las de-

formaciones de la prensa. Esa verdad pertenecía ya al pueblo y para proclamarla marchó a Lonquén. Por fin, la Justicia empezaba a contribuir a su esclarecimiento.

"Nada hay oculto que no quede descubierto y nada secreto que no venga a ser conocido. Lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados" (Mat. 16, 26-7).

En Lonquén, los hechos quedaron descubiertos, a la luz del día. Se habló claramente desde la cátedra del templo y desde lo alto del horno y los temerosos vecinos pudieron contar abiertamente a los forasteros lo que habían visto y oído. Los medios de publicidad, cómplices tantas veces de odioso encubrimiento, han debido reconocer, en una u otra forma, la realidad brutal de los hechos.

3. Era la hora de la verdad en que se deshicieron tantas mentiras y con ellas la autori-

dad moral de los que las fabricaron. Aquellas mentiras nominalmente con que se ha querido encubrir, ya van cinco años, la terrible realidad de los **detenidos desaparecidos**. Desde las "posibles explicaciones" de desaparecimientos, que se han usado como si fueran argumentos de descargo, hasta las dolorosas ironías de **El Cronista**: "¡Qué fue de los desaparecidos!", "Desaparecidos, Ja, Ja, Ja!"

Concretamente, en lo que se refiere a nuestro caso, el Gobierno de Chile contestó a la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas que Sergio Miguel Maureira Muñoz "no tiene existencia legal" y que sus hermanos y los tres hermanos Hernández Flores "se hallaron en relaciones del Instituto Médico Legal" en determinadas fechas de octubre 1973. ¡En esas fechas habrían aparecido sus cadáveres en la morgue...! Recordemos también la fábula, ya

desacreditada pero apoyada en ese entonces por una declaración oficial, sobre los 119 detenidos desaparecidos que habrían sido hallados muertos entre guerrilleros en Argentina.

La realidad del problema ha sido finalmente reconocida, aun por los defensores de la represión, y Lonquén es una confirmación. Los desaparecidos no son fantasmas, son seres de carne y hueso que fueron detenidos y que han de estar en alguna parte...

Sus familiares tampoco son fantasmas o "presuntos familiares". Son madres, esposas, hijos que tienen derecho a preguntar a los responsables dónde están sus seres queridos. La romería a Lonquén fue muy desgarradora para muchos de ellos, pero tengo la impresión que volvieron confortados porque la verdad había sido reconocida. La verdad de una esposa, una madre, un hijo, es el cuerpo del ser querido.

4. Me pareció asistir, ese medio día, bajo un sol quemante, a la actuación de una auténtica Justicia. Sobre esa explanada, la eterna Justicia de Dios pareció hablar por mil bocas. El pueblo se había convertido en Gran Tribunal. Cuando muchos jueces en todos estos cinco años habían claudicado, es la conciencia nacional la que se alerta, la que se informa sobre el terreno, la que pronuncia sus juicios. Juzga los hechos y juzga también a los que, debiendo haber hecho justicia, se negaron a juzgar.

El pecado institucionalizado

El hecho mayor que quedó "descubierto" en Lonquén fue el **sistemático encubrimiento del delito**. Y hay más todavía. Para esto se ha montado un **sistema de ocultamiento** que ha opuesto un dique infranqueable a todo intento de dilucidar lo ocurrido. Este sistema ha funcionado a la perfección en este

FAMILIA MAUREIRA



caso, como también en centenares, si no miles, de otros semejantes, durante estos cinco años.

Cuando volví a casa después de la romería, leí con más detenimiento las fichas jurídicas de los Maureira, los Astudillo, los Hernández Rojas. Nadie puede leer estos casos y los centenares de otros (publicados en pequeños volúmenes bajo el título **¿Dónde están?**) sin experimentar profunda indignación como hombre, y vergüenza como chileno. **El sistema** funciona con majadera repetición, reduciendo a silencio e inoperancia toda acción, por más evidencias y argumentos que la sustenten. Efectuado el recurso de amparo (en nuestro caso se hizo el 29 de marzo de 1974), el Tribunal requiere información al Ministro del Interior. Este responde "Fulano no ha sido detenido por orden de este Ministerio". En virtud de esta sola declaración, el Tribunal declara: "no ha lugar a recurso de amparo", aunque conste con claras evidencias que los individuos (como en nuestros casos) fueron detenidos en sus hogares, a plena luz algunos, ante sus demás familiares y vecinos, por carabineros o bien uniformados o agentes de investigaciones. En nuestro caso, "no ha lugar" declaró el 28 de noviembre la Corte de Apelaciones y confirmó el 31 de enero de 1975 la Corte Suprema: "no ha lugar".

Luego al procederse a la acción por presunta desgracia, **el sistema** sustrae a sus agentes de seguridad, Carabineros y FF.AA. de la acción civil. En el caso de nuestros detenidos, el Ministro civil se declaró incompetente en septiembre de 1975 y la Fiscalía militar designada el 1º de julio de 1976 cerró el sumario el 9 de agosto recomendando el sobreseimiento del proceso. El 14 de septiembre del mismo año, el juez militar ordenó el archivo de la causa sin que se sacara nada en limpio sobre lo acontecido, ni quedara nadie culpado o sancionado.

La amnistía decretada en abril 1978 para los responsables

de secuestro, tortura y asesinato es un eslabón más que asegura el sistema legal de encubrimiento.

No podemos menos de pensar en los anatemas de Cristo contra los fariseos, los dueños y manipuladores de la Ley que se tenían por justos. La indignación de Cristo se debía a la perversión introducida en algo tan necesario y santo como es la Ley de Justicia dada por Dios. Cuando la ley y los procesos jurídicos se convierten de hecho en instrumentos de dominación, en defensa de sus hegemonías o para cubrir arbitrariedades, la función jurídica misma se vuelve inauténtica y, pese a sí misma, legitimadora y encubridora. Entonces la justicia tiende a abrirse paso directamente en la conciencia del pueblo.

Un camino de esperanza

Mientras volvíamos de los cerros, pensaba que sólo un pueblo que volviera del desierto, purificado en el dolor, ennoblecido en la solidaridad, renacido de la muerte podría reconquistar nuestra tierra prometida, recrear un Chile nuevo. Los huesos secos de que habla Ezequiel se juntaron y se revistieron de músculo y de piel y se convirtieron en un gran ejército. En cambio, de algo que es moralmente corrupto no puede surgir ninguna verdadera institucionalidad.

5. ¿Cuál sería el resorte íntimo que movía esta gente en su camino de Lonquén? Toda la romería, como lo he insinuado, me pareció constituir un **acto religioso**, una expresión de fe, de esperanza y de amor. A través de manifestaciones diversas y símbolos varios: flores, llamado a la acción política y a la oración, cruz, homenaje a "los mártires", compromisos de lealtad, de unión y de lucha, se intuía en el conjunto una opción fundamental por el hombre, por la vida, por la justicia, por la defensa del más conculcado. No

decimos que todo fuera necesariamente puro, que no hubiera ambigüedades y aprovechamientos. Pero la nota dominante, el sentido objetivo fue un homenaje de reparación a las víctimas ultrajadas, un acompañamiento a los familiares, una protesta ante el régimen que encubre y con esto mismo promueve estos hechos, un compromiso de lucha para que esto no pueda repetirse. Donde hay auténtico amor por el prójimo, allí hay fe en Dios, esperanza y caridad, aunque no hallen estas actitudes teológicas su integral expresión.

Los símbolos de la adoración

Era reconfortante sentir la fuerza de Dios, el aliento de su Espíritu animando esa multitud, despejando los temores, infundiendo esperanza, aunando para la acción y la entrega de la vida. Si Dios camina con su pueblo, ¿qué podrán en definitiva las fuerzas del poder y del dinero que tejen su red de mentira y dominación por fuera y tientan desde dentro a todo corazón humano? Es cierto que una buena parte de ese pueblo no sabía que era Dios quien caminaba con ellos. La eucaristía en el Templo, que es a la vez el sacrificio de Cristo, tendría que haberles dado este mensaje. Para mí, como para otros, esa misa concelebrada en aquel contexto fue enormemente significativa. Pero me di cuenta que la oscuridad fundamental de tantos símbolos y ritos oscurecía para la mayoría la palabra que debía iluminar todo el gesto de la romería. Pero si muchos no sabían, si —como sucedió con los discípulos de Emaús cuyo Evangelio leímos— no reconocían a Cristo en su caminar, lo importante era que Cristo caminaba con ellos y ellos con Cristo. Un día lo reconocerán "en la fracción del pan".

Se ha valorado la religiosidad popular en sus manifestaciones cúlitas: las peregrinaciones a

los santuarios, las devociones a los santos. Son expresiones religiosas, pero a veces vacías de un auténtico contenido de fe autenticada por el amor al hermano. Aquí en cambio, en este otro tipo de religiosidad popular, se intuía una verdadera fe solidaria, un compromiso con el hombre y por tanto con el Cristo presente en sus más necesitados. Faltaba la expresión adecuada e integral de esta fe. En la romería asistimos a la búsqueda vacilante de símbolos y ritos. Un pueblo que buscaba, bajo la bóveda del cielo, expresar lo que tenía de Dios en el corazón, tal vez sin saberlo.

Muerte y resurrección

6. Misa y romería refieren a dos hechos: **la muerte y la resurrección de Cristo**, por una parte, y el asesinato de los campesinos descubierto en Lonquén por otra. Dos hechos reales, históricos, pero que se dan la mano. El primero salva al segundo de toda interpretación limitante y puramente temporal, y le da proyección de vida y eternidad. El segundo salva al primero de toda interpretación espiritualista o abstracta y le da toda su concreción histórica. Hay efectivamente cristianos que tienen una concepción un tanto mítica de la muerte de Cristo, como si hubiera sido un gesto salvador sin contexto histórico, dispuesto por Dios por misterioso designio vinculándolo a nuestra salvación. El Cristo que hubo que anunciar en Lonquén y el que trae la buena nueva para los pobres y perseguidos de Latinoamérica, es el que fue él mismo víctima de la injusta opresión de los poderes teocráticos civiles y militares de su tiempo, cuya muerte fue un crimen, pero cuya entrega en confianza al Padre y en firmeza a los hombres fue fuente de resurrección y vida, para él y para todos.

Cuando escuché al cantor popular recitar su protesta al

Cristo crucificado por las injusticias que sufren los hombres, me quedé perplejo. Esa protesta tendría sentido si Dios fuera un déspota que dispusiera la opresión y la muerte de los hombres. No tiene sentido referida a Cristo, víctima entre todos, él mismo de la injusticia humana. Ni tiene sentido referida al Dios cristiano, el Padre de Jesús. Pensando, caí en la cuenta en qué medida el devoto popular ha interiorizado el Cristo de los déspotas, el que grita compasión a los de arriba y sujeción a los de abajo. Estos últimos, frente a este Cristo, sólo tienen dos alternativas: o protestar o resignarse. Me pareció que el canto del payador sonó solitario y extraño en ese contexto humano y geográfico de Lonquén. Era otro Cristo el que bullía por expresarse, el que nacía de las entrañas de ese pueblo, de su propia experiencia y sufrimiento, sí, pero también de lucha y superación. No era el Cristo que impone la muerte sino el que acompaña hasta la cruz y la muerte para animarnos a vivir y dar la vida por la vida del mundo y la plenificación de la humanidad en todas sus dimensiones. Un Cristo liberador.

Antes de terminar quisiera revisar el curso de estas reflexiones que se han ido desgranando, sin llegar a una visión global. Hemos procurado captar el crimen de Lonquén en dimensiones más profundas, examinando sus graves implicaciones. Descubrimos todo un sistema de mentira y opresión —lo que llamaríamos en cristiano un pecado institucionalizado— en que son muchos, o somos muchos los corresponsables. Este sistema busca objetivamente encubrir los efectos de la represión y con esto favorece su más efectivo despliegue. Frente a esta fuerza ominosa del mal, la romería religioso-popular tuvo características de gracia y liberación. Fue una demostración del Espíritu de Verdad y de Justicia que obra en el pueblo y que conoce y proclama la Iglesia. Fue una expre-

sión de fe, de esperanza y de caridad. Fue una "pascua", es decir un paso del Cristo liberador quien hace vivir a los muertos y hace volver del desierto a un pueblo renovado en su compromiso de lucha y en su esperanza de construir un Chile de hermanos.